

# Numéro 9, comptes-rendus

## Juan Manuel, una provincia

[Juan Manuel Bonet. *Via Labirinto. Poesía (1978- 2015)*. Granada: Comares, 2015, 358 p.]

Use Lahoz  
uselahoz@gmail.com

Citation recommandée: Lahoz, Use. "Juan Manuel, una provincia". *Les Ateliers du SAL* 9 (2016): 154-159.

Soy de los que piensan que la poesía sirve para introducir cambios en nuestra soledad. Después de la experiencia de un buen poema, no se sale indemne, no somos los mismos. En buena medida (aunque sea muy pequeña), somos lo que leemos. Y eso me pasó a mí con un poema de Juan Manuel Bonet hace muchísimos años, cuando leía su nombre en las antologías y lo veía muy lejos, con la admiración con la que se leen los nombres de los poetas cuando se sueña con serlo, tan sabio, tan erudito, tan estético, tan ilustrado, y además, tan cosmopolita, un poeta que escribía en español, pero había nacido en París en 1953. No recuerdo qué antología era, (no sé si era la de Juan Cano Ballesta, en Cátedra), pero sí cuál era el poema. Es un poema que me acompaña desde entonces, y que hoy no solo utilizo para enseñar español, sino que es un poema al que acude mi memoria muy a menudo.

El poema se llamaba "Una provincia", y lo leí en una habitación de una residencia de estudiantes de Oporto, en 1998, una ciudad que luego, por los azares de la vida, también estará presente en este libro que hoy presentamos, incluso con una fotografía de Bernard Plossu. Lo que conmueve perdura, y la poesía tiene sentido cuando trasciende, porque la poesía tiene un poder transformador a largo plazo, e influye en la conciencia personal sobreponiéndose al paso del tiempo. Dice Joan Margarit que un mal poema ensucia el mundo. Si tomamos esa máxima como válida un buen poema lo embellece y justifica toda una obra. Ese mismo poema, luego, lo escuché cantado en un disco de Loquillo y me alegró mucho ver que ya formaba parte de la cultura popular, y eso, supongo que para un poeta, formar parte de la calle, es el premio mayor.

El lector de poesía tiene que cumplir su parte del trato y habitar el texto, pues la poesía es el contacto entre una conciencia personal y todas las demás que la hacen trascender, y la universalizan. Desde este punto de vista, es imposible no habitar este poema de Juan Manuel Bonet y no hacerlo suyo, un poema en el que dice "Una provincia, por ti amada, es la infancia. ¿Te acuerdas aún de aquellas fiestas con guirnaldas, de máscaras en penumbrosos parques" (118). Mientras el poeta se interroga, todos nos interrogamos ¿quién no se acuerda de su infancia? Cada cual tiene la suya y la revisa inevitablemente. El poeta, al final, recordaba: "Nada terminó todavía. De aquella provincia, jamás podrá expulsarte ningún ángel" (118). La gracia de la poesía es esa, la poesía —y esto García Montero lo explica mucho mejor que yo— no es un simple desahogo emocional en el que digo cuánto me gusta mi novia o cuánto me

duele perderla, cuánta nostalgia tengo de mi infancia o qué bonita era. No, tengo que conseguir que cuando hablo de mi novia o de mi infancia, todos los lectores piensen en la suya. Y aquí Bonet consiguió establecer ese diálogo, ese paralelismo.

Ese poema inició un diálogo con el poeta que luego conocería y sigue hasta hoy. He disfrutado mucho leyendo esta semana la obra completa de Bonet. Es una obra construida con poemas limpios, sensoriales, sensitivos, simbolistas (algunos muy verlainianos, hay hasta pianos), otros más contemplativos, reflexivos. Son poemas que se hacen a partir de hallazgos, de instantes (por eso hay muchas estampas. Mi preferida es la de invierno: "En Stuttgart la blanca/ los niños sobre al agua helada/caminan tras los sueños./ Lo mejor les deseo:/ que el sueño no se rompa" (221). Decía Machado (y Machado es uno de los poetas con los que dialoga Bonet en toda su obra) que cantaba lo que perdía, yo creo que Bonet canta lo que encuentra, y eso me parece muy interesante, porque convierte al poeta en gran conocedor del *métier*, y al mismo tiempo en amateur.

En la poesía de Juan Manuel Bonet creo que hay tres temas que son fundamentales, a lo mejor me equivoco, seguro que sí, pero por eso está él para corregirme, uno es el viaje, otro es el amor y otro es la estética (el arte, la influencia de la pintura y la escultura).

Leer una obra completa, *completa*, permite realizar ese viaje temporal con el autor, un itinerario cronológico en el que se descubren las múltiples facetas del poeta, los estados de ánimo y cómo se enfrenta en cada etapa a ese gran tema que es el paso del tiempo. Permite descubrir cómo tras estos poemas hay un gran lector, un poeta apasionado por el viaje, las lecturas y el arte, y como todo eso se mezcla con la vida, para conseguir una poesía, unas veces cotidiana, expresiva y coloquial, otras plástica y llena de referencias, que está siempre entre la vanguardia y la calle.

A mi juicio, Juan Manuel Bonet se inició con una poesía preciosista, erudita, de encabalgamientos, con versos muy brillantes como "vana luz/ que al decirla se agota/ bebe en el cristal más oscuro" (16) que irremediamente nos remiten a Claudio Rodríguez, y que de alguna manera nos anuncian un poeta musical, y de silencios. Ese poeta, más adelante, en tono más coloquial, huirá del adjetivo para nombrar el amor, o el desamor, que para el poeta siempre parece lo mismo: "Empieza a hacer frío en la casa, casi tanto como en mí desde que no estás" (99). Esa condensación, esa precisión es la que diferencia la poesía de la prosa. Dice Margarit que un poema es una

estructura a la que no le puede faltar ni sobrar nada, si se le quita una palabra y no se desmorona el edificio, es que no era un poema. El amor es un tema literario muy importante, hay que saber tratarlo. He escuchado muchas veces a García Montero contar cómo Gustavo Adolfo Bécquer decía aquello de que si un poeta te dedica un buen poema de amor, desconfía de ese amor, porque la poesía de amor es, sobre todo, un ejercicio de conocimiento.

En Bonet, el frío, la nieve, el invierno están muy presentes; también las luces de neón, y también el sueño. Nunca he visto una historia de amor tan relacionada con el frío, con el viaje y con el arte. El yo poeta, dice Bonet, para celebrar el amor desea: "como un niño en un trineo, hacia ti, deslizarme por las calles dormidas, y serte un viento ligero que apenas te despierte, y en tu sueño se duerma" (176). Es un amor feliz, pese al frío, y que además va contra esa norma no escrita (y de la que no soy muy partidario) de que en la poesía de amor, el dolor y la pérdida están mejor vistos que la felicidad.

De Viena te traje este broche de plata danés, con una canoa deslizándose entre hielos, una sencilla canoa que trae a mi memoria el leve trineo que escribí para ti hace unos cuantos años, en un poema nevado de Varsovia. Canoas y trineos: nuestra vida (177).

Aquí, el poeta es un místico con los pies en el suelo, capaz de decir lo que ve, y por eso ve cosas que yo no veo, porque no sé mirar igual, por eso la lectura de un poema se hace a través de la vida de cada uno. Y por eso yo, que no he estado nunca en Polonia, después de leer este libro, sí que he estado, y he pasado frío, de la mano de Bonet.

La relación con la pintura está en muchos poemas de Bonet. "Quisiera construir un poema como el pintor construye sus cuadros" (199), nos dice al inicio de uno de ellos. Para mí, el poema que más demuestra esa ambición, y uno de los que más me gustan, es "Rondo de Gaille", que es un poema que se lee como se mira un collage y que conjuga muy bien tres grandes temas: el amor, el viaje, el arte: "Mientras te espero anoto estos elementos, alrededor de la rara palmera huérfana: cielo gris encapotado, tranvías, autobuses hacia Esperanto o hacia el aeropuerto, árboles reducidos a líneas, grajos como siempre por el cielo, la antigua sede del Partido" (201)... así, sucesivamente, enumerando imágenes avanzamos hacia el pasado.

Hay otros poemas, como "Pierre Bonnard en su sur", o el musical poema "En la noche", en la que se homenajea a Erik Satie, y a Joseph Cornell, que son poemas de una erudición

inevitable, en los que se percibirá muy bien la influencia del arte en la poesía de Juan Manuel.

El tema del viaje, para acabar, llega a tal extremo que acaba siendo un libro, *Nord-Sud*, un libro que tuvo la suerte de tener en primicia hace un par de años, con unas fotografías de Plossu conmovedoras. Pero hay un poema, que a mí me interesa aún más (porque retoma el tema del sueño), que se llama "Vidas soñadas":

Buenos Aires. Podríamos vivir aquí  
-pero está lejos de Varsovia.  
Montevideo. Podríamos vivir aquí  
-pero está lejos de París (271),

y que al momento me transportó a aquella frase de Thomas Bernhard que dice: "nunca estoy donde deseo estar, que es allí, de donde acabo de huir", y esto es algo con lo que me identifico mucho con Bonet. Por eso mi experiencia al leer este libro, al hacer míos los poemas, ha sido de una gran identificación. Identificación con la música de Satie ("En la noche"), identificación por las ciudades que hemos compartido, el art déco (luego quiero preguntarle por el Garage Citroën del poema "Destino"), identificación además por una vinculación secreta. Yo me paso la vida diciendo a todo el mundo que quiero vivir en Aix-en-Provence, y siempre me preguntan por qué y digo porque sí, por los mercados, por el Café les Deux Garçons, por las fuentes, por la tapenade, por Zola, por Cézanne, porque allí vivió, cocinó y escribió Mary Francis Kennedy Fisher... Pero a partir de ahora recitaré este poema de Bonet, "Cours Mirabeau, Aix", que me ha recordado por qué quiero vivir en Aix:

Soñar una vida entre la luz del Cours  
Mirabeau, en Aix, una vida fuera del  
tiempo, tan fuera del mundo y de la historia,  
crucigrama infeliz de los arsenales,  
una vida al ritmo de las estaciones  
bajo el túnel de los plátanos antiguos,  
escuchando el rumor lento de las fuentes,  
una vida quieta, con pocos neones,  
apartada del siglo y su vano estruendo,  
una vida ligera, una vida un tanto italiana,  
una vida al ritmo de las largas sombras  
y las luces, una vida de rentista,  
de pintor antiguo o de sabio local,  
que saben conversar larguísimas tardes  
en el café de los dos o tres amigos (164).

También me he identificado con la manera de ver la feria de la vida. Como muchos de ustedes, me he sentido el protagonista en silencio de precisamente el poema "La feria de la vida":

Hubiera querido comprarte  
la barraca entera de la feria,  
la barraca pintada de color fresa,  
y hubiera querido obsequiarte  
también el cine donde vimos  
las películas que nos dieron  
la idea de vivir en Marte.  
Hubiera querido ser asimismo el dueño  
de todos los hoteles  
en que nos escondimos,  
el tranvía en que huimos,  
del café en que nos dijimos  
para siempre adiós (123).

En el poema "Regreso a Nieborów", el poeta escribe:  
"Volvemos a este lugar donde estuvimos al poco de conocernos.  
No volvemos solos. Los libros nos acogen de nuevo" (186).

Bien, yo creo que de este viaje, de este sueño contra el tiempo, no se vuelve solo, y que en estos poemas se van a sentir muy bien tratados.